

EMPAREDADOS

Cuenta Cervantes en el prólogo de la Segunda Parte del Quijote...

Ante todo, no se extrañen los lectores de es e comienzo singular.

Porque, yá nos hacemos cargo de estar con las manos en la masa y no renunciamos al compromiso adquirido de servir una ración semana de emparedados.

Pero querríamos también que los leyentes se dieran cuenta del aprieto donde queda el panadero a quien primero privan de harina y luego después piden pan.

Como Enrique IV de Francia se hubiese propuesto visitar las poblaciones más importantes de su reino...

Se nos olvidaba yá que antes está el Manco de Lepanto que el monarca francés.

Cuenta Cervantes, en el lugar arriba indicado, que había en Sevilla un loco.

Cosa muy fácil de creer, porque dondequiera hay un loco, y aun por ventura muchas docenas, a ser cierta la observación del riquísimo refranero de Castilla: Un loco hace ciento.

Lo peregrino está en que aquel demente "dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo".

Algo exagerada se nos antoja la afirmación, con perdón del inmortal escritor. Porque nos ha cabido la suerte, digo, la desgracia de conocer pretensiones más disparatadas.

Pero dejemos para lo último los retoques y las aplicaciones

"Hizo un cañuto de caña, puntiagudo en el fin; y en cogiendo algún perro en la calle, o en cualquier otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba en la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pelota".

Leído el caso, no es penoso disimular la exageración del prologuista, porque, a la verdad, ha de tenerse por muy "gracioso disparate" éste de querer inflar cuantos perros topaba.

Mas la manía del sevillano debía de tropezar con algunas dificultades, porque... Pero sigamos leyendo, que con más galanura habrá de decirnoslo el autor complutense.

"En teniéndole de esta suerte, le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes (que siempre eran muchos):—¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?"

Y con esto, dejemos en paz al bueno de Cervantes, que yá no le hemos menester.

Nos hemos permitido retocar una apreciación del novelista hispano, y con nuestra cuenta y razón.

No estamos conformes en que la ocurrencia del loco de Sevilla sea "el más gracioso disparate y tema en que dió loco en el mundo".

Porque, no me negarán mis lectores, un cañuto, y más si fuere "puntiagudo en el fin", es el medio más adecuado para realizar el propósito del hispalense: hinchar un perro.

De donde se sigue haber procedido con mucha cordura aquel orate al echar mano de instrumento muy del caso para la consecución de su plan.

Y por esto dijimos, antes no hallarnos de acuerdo con el pendolista alcaláino en cuanto a la ponderación, algo excesiva, de la calidad del disparate.

¿Qué dijera Cervantes si supiese que en el siglo XX hay "periodistas" (así los llaman), cuyo utensilio preferido son las "tijeras"?

Dígalos si no, nuestro buen amigo el Tío Tijeras, a quien Dios guarde muchos años, aunque sólo fuere para pasta de emparedados.

Y ¿qué relación hay ni puede haber entre unas "tijeras" y una "revista"?

¿No existe mucho más estrecha entre un cañuto y la acción de inflar un can?

¿Qué hiciera Tío Tijeras si le condenaran a la tarea, un tantico ingrata, de hinchar cuantos perros encontrara por esas calles de Dios?

Pues, muy sencillo. Encaminarse a algún Bazar y hacerse con un cañuto, "puntiagudo en el fin".

Y ¿qué hiciera el loco sevillano si le pusieran en el trance de publicar una revista?

¿A que no le ocurría apañar de unas "tijeras"?

Veán los lectores si nos asistía la razón al tener por "más gracioso disparate" el del Tío Tijeras que el del conocido inflador de perros, de las calles de Sevilla.

Mas tampoco deben extrañarse los leyentes de los apuros semanales del Tío Tijeras.

Porque, cuántas veces suele exclamar él parodiando al loco del cañuto "puntiagudo en el fin": "¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo COPIAR una revista?"

Y no le falta fundamento al expresarse así. COPIAR, cuando hay de dónde, pase. Pero cuando uno anda muy limitado de prensa extranjera, se pasan recios apuros.

Conste que compadecemos a Tío Tijeras, condenado a COPIAR... al ROBO de cuartillas...

Isabelo López continúa haciendo de pantalla al ex-cura Aglipay.

Y, como por el pico muere el pez, viene a confesar casi, a fuerza de hablar, que "le hemos perder el reposo con el último número de nuestra revista".

Vamos, menos mal. Aun hay alguna sensibilidad cerebral. De la cual veníamos ya dudando en serio.

Porque no pueden hacerse cargo nuestros benévulos lectores del género de argumentación que le hace emplear, por boca de ganso, su amo y señor.

Veán un ejemplo: "Cargados de argumentos tal como están llenos de grasa los guasones frailes, basándose en la autoridad de mil milagros carnavalescos..."

¿Eh? ¿Qué tal? Pues, por ese estilo les hace escribir el renegado ilocano a sus pari-paris cuando éstos se someten gregariamente a firmar sus producciones... literarias.

A Aglipay, o seáse, a Isabelo López le preocupa hondamente un problema del porvenir.

Debe de tener pronunciadas aficiones gastronómicas y querría saber si le será dado conservar las quijadas con sus adyacentes, después de morir.

Y exclama apesadumbrado: "No sabemos que después de muertos, nos sea posible tener dientes".

¡Oh nesciente pari-pari! Expele de tu mente semejante preocupación.

Cuando fuimos acólitos, vimos desenterrar a muchos con el fin de trasladar sus restos, y podemos asegurarte que todos ellos conservaban intacta la dentadura.

Además, ¡has echado en olvido la manoseada reflexión moral del poeta madrileño!:

*La calavera de un burro
Miraba el doctor Pandolfo,
Y enternecido exclamaba:
¡Válgame Dios, lo que somos!*

Pari-pari ignaro, si la calavera de un asno resiste el paso del tiempo, nada temas por tu dentadura. ¡Resistirá!

Pero ¿para qué querrá Aglipay, digo, Isabelo López los dientes después de morir?

"Yo no comprendo ninguno de los dogmas", exclama lleno de despecho el ex-cura Aglipay, o el otro, que para el caso es lo mismo.

No nos sorprende. El pobre se ve negro para zurcir media docena de frases sin sentido en "The Independent", y cómo demonios va a catar la profundidad de los dogmas. Imposible.

Conténtese con poder echar una plática semanal a su mesnada, y aun ello sabe Dios cómo irá.

Pero ¿comprender ninguno de los dogmas? Cuando hará más de veinte años que no ha visto un libro serio y hasta ha perdido casi de raíz el hábito de discurrir...

Según se ve por sus escritos. Un hombre que llama al fraile "energúmeno", "más eunuco que el secuestrador de caminos" (¿quién lo entiende?)... y atribuye a Jesucristo "epitetos de carretero", "bajezas de carretonero"...

¡Blasfemo! ¡Dios te tome en cuenta el mal que vienes causando a tu país!

Creo que basta ya de emparedados, porque no está el tiempo para zampoñas.

En nuestra redacción se ha estancado la manecilla del barómetro en "bajuio destructor" y no hay quien la mueva de allí.

Un compañero nos ha disertado sobre las circunstancias del diluvio universal.

Otro nos ha asegurado haber recogido rumores de un cataclismo vecino que nadie supo precisar.

El de más allá nos trajo el cuento de un gigante que ha aparecido de improviso y amenaza con hacer una que sea muy sonada. Para patrañas, Manila.

A todo ello, nos encogemos de hombros, sin cuidarnos de las murmuraciones de la vecindad.

Pasará el tiempo de lluvias, pasarán los bajuios, pasará el cataclismo si es que viniere, pasará el gigante, haga o no la sonada, asomará el sol y... sonreiremos plácidamente.

¡Qué caray! A mal tiempo, buena cara y a mal dar, tomar tabaco.

Peor están en Hongkong y nadie, que yo sepa, se tira al mar.

Nunca tuvimos gran fe en los pronósticos, pero de un tiempo acá aun desconfiamos más.